

DESTINACION, REDENCION, SALVACION, SALVADOR, etc.

Pasajeros. ó mas bien **Pasagianos** ó **Pasaginianos.** Nombre que significa del *todo santos*. Este es el que han dado algunos escritores á ciertos herejes que aparecieron en la Lombardia en el siglo XII; fueron condenados con los valdenses en el concilio de Verona bajo el papa Lucio III, el año 1184, al que asistió el emperador Federico. Practicaban la circuncision y sostenian la necesidad de los ritos judáicos, á excepcion de los sacrificios; por esto se les dió tambien el nombre de *circuncisos*. Negaban el misterio de la Santísima Trinidad, y pretendian que Jesucristo era una pura criatura.

Se vió reunirse en el concilio de Verona las dos potestades para la extirpacion de las herejías. Tambien se deja ver allí el brigen de la inquisicion, en cuanto que el papa ordenó á los obispos de informarse por si mismos ó por encargados de las personas sospechosas de herejía, segun la opinion pública y denuncias particulares. Distingue los grados de *sospechosos, convencidos, penitentes y relapsos*, segun los cuales las penas son diferentes; y despues que la Iglesia ha empleado contra los culpables las penas espirituales, los abandona al brazo secular, para ejercer contra ellos los castigos temporales. Se queria reprimir el furor de los herejes de aquel tiempo, é impedir las crueldades que ejercian contra los eclesiásticos. No son pues sus opiniones ni sus errores lo que se castigaba con los suplicios, sino sus crímenes y sus excesos contra el orden público. V. INTOLERANCIA.

Pasalorinquitas ó Petalorinquitas. V. MONTANISTAS.

Pascasio Radberto ó Ratherto, monje y abad de Corbia, que murió el año 863, ha sido uno de los mas sabios y mejores escritores de su siglo. Poseia perfectamente las lenguas griega y hebrea, cosa bastante rara en aquellos tiempos, y habia leído mucho á los PP. Escribió contra los errores de Félix de Urgel, de Claudio de Turin y de Gotescalc; pero sobre todo contra Juan Escoto Erigénos que negaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia. Su *Tratado del cuerpo y de la sangre de Jesucristo* se ha hecho célebre en las disputas de los siglos XVI y XVII entre católicos y protestantes. Lo escribió, segun se cree, el año 831, y despues de haberlo retocado el año 843, lo dirigió al rey Carlos el Calvo.

Parece que en aquellos tiempos habia en las Galias algunas personas que entendian

bastante mal el dogma de la presencia de Jesucristo en la Eucaristia, y que el libro de *Pascasio* Radberto causó algunas disputas. Carlos el Calvo, para saber lo que habia de pensar de esto, encargó á Ratramno, otro monje de Corbia, y que despues fué abad de Orbais, que le escribiese su parecer, lo que hizo Ratramno en una obra titulada *Del cuerpo y de la sangre del Señor*. Al leer este libro, vemos que en lugar de ilustrar la cuestion, Ratramno no hizo mas que embrollarla. Por un lado, se vale de las expresiones mas fuertes para establecer que la Eucaristia es verdaderamente el cuerpo y sangre de Jesucristo; por otro, parece no admitir mas que un cambio místico y una *manduccion* que solamente se hace con la fe. Así, segun él, aunque el fiel no coma ni beba real y sustancialmente mas que pan y vino, recibe sin embargo el cuerpo y sangre de Jesucristo; expresion de que se puede abusar mucho, puesto que significa solamente que el fiel recibe la virtud ó la eficacia del cuerpo y sangre de Jesucristo, ó que siente los mismos efectos que si recibiese la sustancia de este divino cuerpo y sangre. Es absurdo decir que un cambio que solamente se efectúa en el fiel, se haga en la Eucaristia.

Así Mosheim conviene en que *Pascasio* Radberto y su adversario parecen contradecirse en muchos lugares y no entenderse ellos mismos, y que se expresan de un modo muy ambiguo. A nosotros nos parece que *Pascasio* es mas claro y mas exacto que Ratramno, que no cae en la misma logomaquia y en las mismas contradicciones. Aun cuando fuesen tan poco exactos el uno como el otro, y que todos los teólogos de aquel siglo hubieran caído en el mismo defecto, como lo pretende Mosheim, seria tambien ridículo deducir de esto, como lo hace, que en el siglo IX no habia todavía en la Iglesia ninguna opinion fija, ó universalmente recibida con respecto al modo como el cuerpo de Jesucristo está presente en la Eucaristia.

La Iglesia no habia esperado hasta el siglo IX para saber lo que debia creer con respecto á un misterio que se obra todos los dias, y que forma la parte mas esencial de su culto. Su creencia estaba fijada por las palabras de la Sagrada Escritura tomadas en su sentido natural, por el modo como los PP. las habian entendido, por las oraciones de la liturgia, por las ceremonias que las acompañan. Cuando *Pascasio* Radberto la expuso en las mismas palabras que los antiguos doctores de la Iglesia, si halló contradictores, esto prueba que estaban mal instruidos, y

que este escritor sabia mas que ellos; no se deduce nada mas.

Pero los protestantes, encantados de hallar en el siglo IX algunos escritores que hablaban poco mas ó menos como ellos, y que tenían tambien el arte de embrollar la cuestion, han hecho mucho ruido con esto. Han elevado hasta las nubes el mérito del monje Ratramno, para deprimir otro tanto el de *Pascasio* Radberto; han insistido en que el primero escribió por orden de Carlos el Calvo, como si esta orden del rey hubiese dado á aquel monje una mision sobrenatural para exponer la creencia católica; han representado á *Pascasio* como á un novador temerario y fanático, cuya doctrina se arraigó desgraciadamente á favor de las tinieblas del siglo X y siguientes; como si el IX hubiese sido mucho mas luminoso, y como si *Pascasio*, con menos mérito, hubiese podido tener mas autoridad y mayor imperio sobre los ánimos que su adversario, del que sin embargo quieren hacer un grande hombre; como si por último un monje de las Galias hubiera podido sojuzgar los ánimos en Inglaterra, en España, en Italia, en la Grecia y en el Asia entera, hacer adoptar sus ideas por los jacobitas y nestorianos separados de la Iglesia romana hacia trescientos años. Hé aquí las quimeras que no se avergüenzan los protestantes de sostener con toda la gravedad y sangre fría posible.

Lo que hay mas de singular, es que Ratramno ha sido el oráculo bajo cuya palabra ha formado su creencia la Iglesia anglicana. Un autor inglés ha compuesto una disertacion, en la que manifiesta que la palabrería de este monje ha sido copiada literalmente en la profesion de fe de la Iglesia anglicana con respecto á la Eucaristia. Véase el libro intitulado: *Ratramno ó Bertram, sacerdote; Del cuerpo y sangre del Señor, etc.*, Amsterdam, 1717. ¡Sublime descubrimiento, el haber hallado en un monje del siglo IX el órgano que Dios habia preparado para enseñar á los reformadores del siglo XVI! Nos parece que podian dispensarse los teólogos católicos de disputar á los protestantes esta autoridad irrefragable, y que se les puede abandonar sin ningun sentimiento.

El Padre Sirmond hizo imprimir en 1618 las obras de *Pascasio* Radberto, pero esta edicion no es completa; se han hallado otras en manuscrito despues de este tiempo. V. *Vidas de los PP. y de los mártires, etc.*, 25 de abril.

Pascua. Fiesta de los judios. La palabra hebrea *phasé* y la siriaca *pasca* significan

paso; así la *pascua* fué instituida en memoria del paso del ángel exterminador, que mató en una noche á todos los primogénitos de Egipto, y perdonó á los de los hebreos, milagro que fué seguido del paso del mar Rojo: *esta es la pascua*, dice Moisés en el *Éxodo*, es decir, *el paso del Señor*, xii, 11.

Hé aquí cómo fué mandado á los hebreos el celebrarla en Egipto por la primera vez. El dia 10 del primer mes de primavera, llamado *Nisan*, cada familia escogia un cordero macho y sin defecto, y lo guardaba hasta el 14 del mismo mes; este dia por la tarde se degollaba el cordero, y despues de ponerse el sol, se asaba para comerlo la noche siguiente con panes sin levadura y lechugas silvestres. Como debian salir para Egipto los hebreos inmediatamente despues de esta comida, no tuvieron tiempo para hacer fermentar la masa; este pan sin levadura é insipido es llamado en la Sagrada Escritura *un pan de afliccion*, porque estaba destinado á hacer recordar á los hebreos las penas que habian sufrido en Egipto, y por la misma razon debian unir lechugas amargas.

Tambien les fué mandado comerse este cordero entero, en una misma casa, sin sacar nada afuera; tener ceñidos los riñones, los zapatos en los piés y un baston en la mano, por consiguiente el equipaje y la postura de los viajeros dispuestos á partir. Mas sobre todo les recomendó Moisés que tiesen con sangre del cordero el lintel y los dos postes de la puerta de cada casa, para que viendo esta sangre el ángel exterminador pasase adelante, y perdonase á los hijos de los hebreos, mientras que mataba á los de los egipcios.

Por último, los hebreos recibieron la orden de renovar cada año esta misma ceremonia, para perpetuar entre ellos la memoria de su milagrosa libertad de Egipto y el paso del mar Rojo; debian abstenerse de comer pan fermentado en toda la octava de esta fiesta, y no quebrantar ninguno de los huesos del cordero; la obligacion de celebrarla era tan severa, que cualquiera que se hubiere descuidado en hacerla debia ser condenado á muerte. *Núm.*, c. ix, 13. Esta era una de las grandes solemnidades de los judios, y para participar del banquete del cordero, era necesario absolutamente estar circuncidado. Esta festividad se llamaba tambien la *fiesta de los Azimos*; despues los judios añadieron muchas observancias minuciosas á las que estaban expresamente mandadas por la ley. Reiland, *Antiq. sacr. vet. Hebr.*, página 220.

Los hebreos celebraron por segunda vez la

pascua en el monte Sinai, el año después de su salida de Egipto, *Núm.*, ix, 5; y Josué la hizo celebrar á la salida del desierto para entrar en la tierra prometida, *Josué*, v, 10. Así esta ceremonia fué observada de un año á otro por los testigos oculares de los sucesos que demostraba; por los mismos primogénitos de las familias que habian sido preservados de los golpes del ángel exterminador. Les estaba ordenado instruir cuidadosamente á sus hijos en las razones y el sentido de esta fiesta religiosa. *Exod.*, xii, 26. No se parece, pues, en nada á las festividades que celebraban los paganos en memoria de los acontecimientos fabulosos. Estos no habian sido instituidos en la misma fecha de los sucesos, sino muchos siglos después; no eran observados por testigos oculares de los hechos; atestiguaban solamente la creencia pública, pero esta no se hallaba fundada en ningún testimonio auténtico, en vez que la de los judíos provenia de la aseveración de los testigos oculares. La afectación de los incrédulos en desconocer esta diferencia no es un rasgo de buena fe.

Con razon los autores sagrados nos han demostrado en el cordero inmolado para la *pascua*, cuya sangre habia preservado á los hijos de los hebreos de los golpes del ángel exterminador, una figura de Jesucristo. Es, en efecto, la víctima inmolada sobre la cruz, que por su sangre ha salvado al género humano de los golpes de la Justicia divina, y le ha libertado de una servidumbre mucho mas cruel que la de los hebreos en Egipto. También es llamado en el Evangelio el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. S. Pablo dice que ha sido inmolado para ser nuestra *pascua*, *I Cor.*, v, 7. Un evangelista nos hace observar que no se rompieron á Jesucristo las piernas porque estaba escrito del cordero pascual, *no quebrantaréis sus huesos*, *Joan.*, xxxix, 36. Es bien singular que se le haya dado la muerte al Salvador precisamente el día en que los israelitas habian salido de Egipto, y que desde lo alto de la cruz haya visto los preparativos que se hacian en Jerusalem para el gran día del sábado, y para los sacrificios con que él mismo llenaba la significación. Según una antigua tradición judaica, era el mismo día que Dios habia hecho la alianza con Abraham, y le habia anunciado el nacimiento de Isaac. *Reland, ibid.*, pág. 236.

Los evangelistas nos dicen que Jesucristo habia celebrado mas de una vez en su vida esta fiesta, á la que los judíos de todas partes venian á Jerusalem, y que tambien ce-

lebró la *pascua* con sus discípulos la víspera de su muerte; mas á esta ceremonia sustituyó una mas augusta, la de la Eucaristía, que es el sacrificio de su cuerpo y de su sangre. Verdaderamente que si la Eucaristía no fuese mas que una simple figura, seria menos expresiva y menos perfecta que la del cordero pascual; pero siendo realmente el cuerpo y sangre de Jesucristo, es claro que la realidad es la que ha sucedido á la figura, y que Jesucristo dijo con verdad del cáliz que presentaba á sus discípulos: *Esta es la sangre de una nueva alianza*.

Mas se disputa por saber si Jesucristo comió realmente del cordero pascual con sus discípulos la víspera de su muerte. La principal razon de los que dudan de ello, es lo que se dice, *Joan.*, xviii, 28, que cuando Jesucristo fué presentado á Pilatos, los judíos no quisieron entrar en el pretorio por temor de contaminarse, *porque querian comer la pascua*. No es, pues, sino este día cuando se debia comer el cordero pascual; no es probable que Jesucristo lo hubiese comido la víspera, y veinte y cuatro horas antes del tiempo establecido. Tal es el parecer que ha sostenido Dom Calmet en una disertación sobre este asunto; mas se le ha hecho ver que esta opinion es contraria á muchos textos terminantes de los evangelistas. *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 430.

El P. Hardouin ha pensado que el uso de los galileos era celebrar la *pascua* un día antes que los demás judíos, y que Jesucristo nacido en Galilea, lo mismo que sus apóstoles, lo habian hecho según la costumbre de sus compatriotas; pero esta conjetura no parece suficientemente probada.

Otros han estado persuadidos de que Jesucristo habia comido el cordero pascual al mismo tiempo que la generalidad de los judíos; pero que los sacerdotes de Jerusalem retardaron su *pascua* veinte y cuatro horas aquel año, ya porque el día siguiente era el gran día del sábado, y quisieron hacer la ceremonia al empezarlo, ya por alguna otra razon que nosotros ignoramos.

Para explicar el texto de S. Juan, no es necesario recurrir á estos varios expedientes. El mismo Dom Calmet ha reconocido que la palabra *pascua* se toma en muchos sentidos en la Sagrada Escritura; significa: 1º el paso del ángel exterminador; este es el sentido mas literal; 2º el cordero que se inmolaba; 3º las demás víctimas y sacrificios que se ofrecian al día siguiente; 4º los ázimos ó panes sin fermentar que se comian durante los siete días de la festividad; 5º la víspera y los

siete días de esta misma fiesta; 6º añadamos el gran sábado que caía en uno de estos siete días. *Joan.*, xix, 31. Así *Parasceve paschæ*, *ibid.*, 14, no significa la preparación de la comida del cordero, sino la preparación del sábado que caía en la octava. Por consiguiente, cuando se dice, xviii, 28, que los judíos temieron contaminarse, porque querian comer la *pascua*, esto puede muy bien entenderse en el tercer sentido de las víctimas que debian ofrecerse en sacrificio en aquel día.

En cuanto á lo que dice Dom Calmet, que no es creible que los judíos hubiesen hecho prender á Jesucristo, y lo hubieran condenado y crucificado en viérnes, si este día hubiese sido un día de fiesta y el primero de la solemnidad de los ázimos; no habia atendido á que no estaba mandado á los judíos el descanso dos días seguidos, y que el siguiente era el día del sábado; el descanso de la fiesta no debia empezar, pues, aquel año sino hasta el viérnes por la tarde, al ponerse el sol. Sabemos por otro lado que cuando se trataba de satisfacer una pasión violenta, los judíos no eran muy escrupulosos.

Todavía hay dificultad en saber cuántas veces Jesucristo celebró la *pascua* desde el principio de su predicación hasta su muerte; unos han dicho que habia celebrado tres *paschas*; otros han contado cuatro; otros cinco; lo que hay de cierto es que el Evangelio no hace mención mas que de tres; este es tambien el parecer mas seguido de los antiguos, y al que es conveniente que nos atengamos.

PASCUA. Festividad que se celebra en la Iglesia cristiana, en memoria de la resurrección de Jesucristo. Se le ha dado este nombre, porque ha sucedido muchas veces, en los primeros tiempos de la Iglesia, que se celebraba cuando los judíos hacian su *pascua*.

Los mas antiguos monumentos nos testifican que esta solemnidad es de la misma fecha que el nacimiento del cristianismo, que ha sido establecida en tiempo de los apóstoles, testigos oculares de la resurrección del Salvador, y que situados en aquel mismo lugar donde sucedió este gran milagro, tuvieron toda la facilidad posible para convenirse del hecho; no pudieron, pues, consentir en solemnizar esta fiesta, sino porque estaban invenciblemente persuadidos del acontecimiento importante que testificaba. Debemos, pues, razonar acerca de ella, como sobre la *pascua* judía, respecto de los hechos de que esta era un monumento.

Así, desde los primeros siglos, la festividad de la *Pascua* ha sido considerada como la mas grande y la mas augusta de la religion; contenia los ocho días que llamamos la semana santa, y la octava entera del día de la resurrección; se administraba en ella solemnemente el bautismo á los catecúmenos; los fieles participaban de los santos misterios, con mas asiduidad y fervor que en los demás tiempos del año; se hacian abundantes limosnas; se introdujo la costumbre de dar libertad á los esclavos; muchos emperadores mandaron que en esta época se desencarcelase á los presos detenidos por deudas ó por crímenes que no interesaban al orden público. Por último, se preparaban para ella como se hace en el día con un ayuno solemne de cuarenta días, que llamamos *cuaresma*.

En el siglo II hubo variedad entre las diferentes iglesias, sobre el modo de celebrar esta solemnidad. Las del Asia menor lo ejecutaban, como los judíos, el día 14 de la luna de marzo; la Iglesia romana, las de Occidente y otras partes del mundo la dejaban hasta el domingo siguiente; los asiáticos pretendian haber recibido su uso de S. Juan Evangelista y de san Felipe; los occidentales y demás alegaban por sí la autoridad de S. Pedro y de S. Pablo; parece que esta diversidad duró hasta el concilio de Nicea, celebrado el año 325.

Para comprender el verdadero objeto de la disputa, es necesario saber: 1º Que por imitar el ejemplo de Jesucristo, los cristianos del Asia menor tenian la costumbre de comer el cordero la noche del día 14 de la luna de marzo, como lo hacen los judíos, y llamar como ellos á esta comida la *pascua*. Dícese que este uso subsiste todavía entre los armenios, entre los coptos y otros cristianos orientales. 2º Desde este momento algunos quebrantaban el ayuno de cuaresma; si otros lo observaban todavía los dos días siguientes, esta comida al menos lo habia interrumpido. 3º Era uso constante, como lo es ahora, celebrar la fiesta de la resurrección de Jesucristo el tercer día después de la comida de la *pascua*; así cuando el día 14 de la luna caía en otro día de la semana que juéves, la fiesta de la Resurrección ya no podia celebrarse en domingo ó el primer día de la semana, que sin embargo es el día en que resucitó Jesucristo. 4º En Roma, en todo el Occidente, y en todas las iglesias fuera del Asia menor, los cristianos retardaban la comida del cordero pascual hasta la noche del sábado, á fin de unirle á la alegría del misterio de la resurrección; á esto es á lo que alude el pre-

facio que se canta todavía en la bendición del cirio pascual, cuando dice el celebrante: « En esta noche se ha inmolado el verdadero Cordero por la sangre del que se han consagrado las casas de los fieles. » Por consiguiente se decía á los asiáticos, que no convenía á los cristianos comer la *pascua* con los judíos, ni quebrantar el ayuno de cuaresma antes de la resurrección, ni celebrar esta en otro día que en domingo.

Así, cuando se dice que los asiáticos hacían la *pascua* el día 14 de la luna de marzo, esto no significa que aquel día celebraban la fiesta de la Resurrección, sino que comían el cordero pascual. El P. Daniel, jesuita, ha ilustrado este hecho en 1724, en una disertación sobre la disciplina de los cuatordecimanos. *Colección de sus obras*, t. 3º Mosheim lo ha probado de nuevo en 1753, *Hist. crist.*, sec. 2º § 71.

Aunque esta diversidad de uso no interesase en el fondo á la religión, resultaban sin embargo inconvenientes. Cuando estaban cercanas las dos iglesias de diferente rito, era ridículo que la una diese en su culto exterior señales de alegría, mientras que la otra se hallaba en el religioso luto de la muerte del Salvador, ayunase é hiciese penitencia. Esto podía ser motivo de escándalo para los infieles, y señal de una especie de cisma entre las dos iglesias. Se creía que una fiesta tan solemne debía ser conforme, y tanto mas cuanto que sirve para dirigir todas las demás fiestas movibles. Eusebio, *de Vita Constant.*, libro 3, c. 18.

Hacia el año 152 ó 160, S. Policarpo, obispo de Esmirna, vino á Roma, y conferenció sobre este asunto con el papa Aniceto; el resultado fué que cada uno conservase la práctica de su Iglesia. A fines de este siglo, hacia el año 194, se despertó la disputa. Habiendo participado Policratos, obispo de Éfeso, al papa Victor que había resuelto en un concilio el continuar, como antes, celebrando la *pascua* el día 14 de la luna de marzo, este papa se irritó por esto; reunió por su parte un concilio é *intentó* excomulgar á los asiáticos. Eusebio, *Hist. ecles.*, l. 5, c. 23 y 24. V. las *Notas de Valois*. S. Ireneo, obispo de Lyon, escribió con este motivo, y vituperó este rigor; le hizo presente lo que había pasado entre los dos santos obispos Aniceto y Policarpo, y concluyó que el apego de los obispos del Asia á su antiguo uso no era un justo motivo para hacer cisma con ellos.

Se disputa entre los sabios para saber hasta dónde llevó Victor su celo en esta cuestión:

los unos, sobre todo los protestantes, dicen que excomulgó de hecho á los asiáticos, pero que esta censura fué despreciada por todos los demás obispos; otros dicen que se contentó con amenazarles, que este era el sentido de la palabra que se valió Eusebio: *intentó* excomulgarlos. Mosheim cree que este papa separó en efecto á los asiáticos de su comunión, que *intentó* privarlos por esto de la comunión de los demás obispos, pero que estos no quisieron imitarlos.

Sea de esto lo que quiera, los protestantes se han aprovechado de esta ocasión para declamar contra este pontífice; no tenía, dicen, ninguna jurisdicción sobre los obispos del Asia; hasta entonces se había creído que la disciplina debía ser arbitraria; no era tan grave el motivo que mereciese una excomunión; es uno de los primeros ejemplos de la autoridad que los papas se atribuyeron sobre toda la Iglesia; mas el poco respeto que se ha tenido á la censura de Victor, demuestra que se indignaron de esta pretensión. Le Clerc, *Hist. ecles.*, año 194 y 196.

Pero antes de condenar á este papa, al menos hubiera sido necesario convenir en los hechos que refiere Eusebio, *Hist. ecles.*, l. 5, c. 23, 24 y 25. 1º Este pontífice no obraba por sí solo; antes que procediese contra los asiáticos, había habido algunos concilios celebrados con este motivo, uno en la Palestina, otro en el Ponto, otro en la Osrhoena, provincia de la Mesopotamia, otro en las Galias, una carta escrita por el obispo de Corinto, y Victor obraba á la cabeza de un concilio de Roma; todos habían decidido que no se debía celebrar la *pascua* con los judíos; un cánón de este concilio se halla en el número de los *Cánones apostólicos* con estas palabras: « Si un obispo, presbítero ó diácono celebra el santo día de la *pascua* antes del equinoccio de primavera, como los judíos, sea depuesto. » *Cán.* 5, 7 ú 8. Estos concilios no miraban entonces la cuestión como indiferente; las cosas no estaban ya como en tiempo de Aniceto y Policarpo; y S. Ireneo ha podido ignorar estas circunstancias cuando escribió á Victor. 2º Ni Policratos, ni S. Ireneo acusan á este papa de haberse atribuido una autoridad que no le pertenecía; el concilio de los obispos de la Palestina había mandado que su carta sinodal fuese enviada á todas las iglesias; lo fué pues á Roma, y testifica que las del patriarcado de Alejandría pensaban y obraban lo mismo con respecto á la *pascua*. 3º Es evidente que la tradición en que se fundaba Policratos y sus comprovinciales era muy apócrifa. Este obispo no alega mas que el uso

que había hallado establecido. S. Juan y S. Felipe, cuya ejemplo cita, podían haber tolerado esta costumbre sin aprobarla positivamente; todas las demás iglesias alegaban una tradición contraria. Es pues falso que hasta entonces se haya creído que esta disciplina debía ser arbitraria, como quieren los protestantes. 4º Una prueba de que Victor no había obrado mal, es que su modo de pensar no fué confirmado en el concilio de Nicea.

En efecto, en el año 325 decidió este concilio que para lo sucesivo todas las iglesias celebrasen uniformemente la festividad de la *pascua*, el domingo despues del 14 de la luna de marzo, y no el mismo día que los judíos. Eusebio nos ha conservado el discurso que hizo Constantino con este motivo, *de Vita Const.*, l. 13, c. 18; y este uso ha llegado á ser general. Los que no quisieron conformarse con él, fueron considerados desde luego como cismáticos y como sublevados contra la Iglesia. Se les llamó *cuatordecimanos*, *tetradecatitas*, *protopasquitas*, *audianos*, etc. Desde esta época, no ha habido en las diferentes iglesias mas variación que la que algunas veces ha sido causada por un falso cálculo de las fases de la luna, y por el uso de un cielo defectuoso. Como había en Alejandría una célebre escuela de astronomía y de matemáticas, el patriarca de esta ciudad estaba encargado de notificar anticipadamente á las demás iglesias el día en que debía caer la fiesta de *pascua*; lo escribía al papa, el que lo indicaba á todas las iglesias de Occidente. En el día creen los protestantes, que no hay nada mas hermoso ni salubre al cristianismo que la independencia; al contrario, en los primeros siglos, se quería el orden y la uniformidad, porque aun en la disciplina las variaciones y las instituciones arbitrarias no dejan nunca de producir errores.

Sabemos que en aquellos tiempos los fieles pasaban en la Iglesia, y en oraciones, la mayor parte de la noche de *pascua*; se la llamaba la gran vigilia, *pervigilium paschæ*, de la que no se separaban hasta cantar el gallo, para entregarse á una alegría inocente. No trataremos de superstición la costumbre de comer un cordero pascual en aquella solemnidad; este uso no tenía nada de comun con el de los judíos, puesto que no se proponían en él mas que imitar la cena que Jesucristo hizo con sus apóstoles la víspera de su muerte.

El verdadero cordero pascual de los cristianos es Jesucristo: « Ha sido inmolado, dice S. Pablo, para ser nuestra *pascua*, co-

mámosle, no con el viejo fermento de malicia y de iniquidad, sino con los ázimos del candor y de la verdad. » *I Cor.*, v, 17. Por esto mismo, en el discurso de los siglos, cuando se resfrió la piedad entre los fieles, la Iglesia les ha impuesto un precepto rigoroso de comunión pascual; *hacer sus pascuas* significa participar de la sagrada Eucaristía. V. COMUNIÓN PASCUAL. Bingham, *Orig. ecclés.*, l. 20, c. 5.

Pascual. Lo que concierne á la festividad de la Pascua.

PASCUAL (*Cordero*). Era el cordero que debían inmolarse los judíos en esta fiesta. V. PASCUA (*Fiesta de los judíos*).

PASCUAL (*Cánón*). Es una tabla de las fiestas movibles, llamada así, porque la festividad de la Pascua es la que decide el día en que deben celebrarse todas las demás.

PASCUAL (*Cirio*). V. CIRIO.

PASCUAL (*Tiempo*). Es el tiempo que corre desde el día de la Pascua hasta el último día de la octava de Pentecostés inclusive; es un tiempo de alegría que consagra la Iglesia cristiana para celebrar la resurrección de Jesucristo. Está marcado con un oficio mas corto, con la repetición frecuente de la palabra *Alleluia*, con no ayunar en todo este tiempo, ni orar de rodillas.

PASCUALES (*Cartas*). Son las cartas que el patriarca de Alejandría escribía á los demás metropolitanos, para designarles el día en que debían celebrar la festividad de la Pascua; estaba encargado de esta comisión, porque en la escuela de Alejandría era donde se hacía el cálculo astronómico, para saber cuál sería el día 14 de la luna de marzo.

Pasible. Capaz de sufrir; *imposible* es lo contrario. Los mas antiguos herejes, los valentinianos, los gnósticos, los sectarios de Cerdan y de Marcion, no pudieron persuadirse de que el Hijo de Dios se hubiese revestido de una carne *pasible*, y que realmente hubiese padecido. Los unos distinguieron á Jesus del Hijo de Dios; dijeron que Cristo, Hijo de Dios, había bajado sobre Jesus en el momento de su bautismo, pero que se había retirado de él al momento de su pasión; los otros pretendieron que el Hijo de Dios no se había revestido mas que de una carne aparente, que ni había padecido ni muerto, ni resucitado, sino aparentemente.

A unos y á otros los ha condenado en sus cartas el apóstol S. Juan; dice, *I Joan.*, 1, 1: « Os anunciamos lo que hemos visto, oído y tocado con nuestras manos, concerniente al Verbo de vida; » no eran, pues, estas simples apariencias; II, 22: « El que niega que Jesu-

cristo es Cristo, es un impostor; » iii, 16: « Conocemos el amor que Dios nos tiene, por el que dió su vida por nosotros. » Luego Jesús y el Hijo de Dios no son dos personas diferentes; iv, 2: « Todo espíritu, que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; cualquiera que divide á Jesús, no viene de Dios, y es un antecristo. »

Los PP. de la Iglesia, y sobre todo S. Ireneo y Tertuliano, refutaron á estos herejes; les han demostrado que si el Hijo de Dios no hubiera padecido realmente, no sería nuestro modelo; nos hubiera dado un maligno ejemplo, queriendo parecer lo que no era, y aparentando padecer lo que no padecía; no estaríamos obligados á tenerle ningún reconocimiento, y todas las predicciones de los profetas relativas á los padecimientos del Hijo de Dios serían falsas. En cuanto á lo que decían éstos herejes, que es indigno de Dios el padecer, el ser cubierto de oprobios y morir en una cruz, le responde Tertuliano que nada es más digno de Dios que salvar á sus criaturas, inspirarles el amor, el reconocimiento y el valor de los trabajos de esta vida, por el exceso mismo de lo que él ha padecido por ellas.

Mas el giro que tomaban estos razonadores, para sostener su sistema, demuestra que no se atrevían á contradecir el testimonio de los apóstoles, ni poner en duda los hechos referidos por los evangelistas. Luego que el Hijo de Dios había parecido nacer y vivir como los demás hombres, sufrir el hambre, la sed, el cansancio, los ultrajes y el suplicio de la cruz; que había parecido morir á la vista de los judíos, y después había vuelto á aparecer resucitado y vivo como antes, se deducía de esto que los apóstoles no eran impostores publicando estos hechos; que no decían más que lo habían visto, oído y tocado con sus manos. Era, pues, irrecusable este testimonio. Sin embargo, estos primeros herejes eran contemporáneos á estos hechos y conocidos de ellos. No había, pues, entonces en la Judea, ni en otra parte, ningún testigo ni ninguna prueba de la falsedad de los hechos que publicaban los apóstoles; se necesitaba, pues, que estos hechos fuesen incontestables y llevados al más alto grado de publicidad. Esta es una reflexión que ya hemos hecho más de una vez, y á la que los incrédulos nunca han tenido nada que responder. Algunos de ellos han objetado secamente que, según muchos antiguos herejes, Jesucristo no ha muerto. Solamente en estas pocas palabras hay dos supercherías: 1º aquellos herejes que distinguieron á Jesús del Hi-

jo de Dios, no han negado que Jesucristo hubiese muerto; 2º los que no lo distinguían, convenían en que Jesús, Hijo de Dios, había muerto al menos aparentemente, de modo que persuadiese á todos los hombres que verdaderamente había muerto. ¿Quién había revelado á estos herejes que todo aquello no eran más que apariencias? Mas no son de mejor fe los incrédulos del día que los de los primeros siglos.

Pasión de Jesucristo. Son los padecimientos que sufrió este divino Salvador desde la última cena que hizo con sus discípulos hasta el momento de su muerte, por consiguiente durante un espacio de cerca de veinte y cuatro horas.

« Nosotros predicamos, dice S. Pablo, á Jesús crucificado, escándalo para los judíos, locura según los gentiles; mas á la vista de los elegidos ó fieles, ora judíos, ora gentiles, prodigio del poder y de la sabiduría de Dios, » I Cor., i, 23. Sabemos que esta reflexión de S. Pablo ha sido desenvuelta de un modo sublime en un sermón de Bourdaloue sobre la pasión del Salvador. En efecto, los judíos no han podido persuadirse que un hombre que se dejó prender, atormentar y crucificar por ellos, fuese el Mesías; sin embargo, este acontecimiento les había sido anunciado por los profetas. Celso, Juliano, Porfirio y demás filósofos paganos echaron en cara á los cristianos como un rasgo de locura el atribuir la divinidad á un judío castigado con el último suplicio; todavía se ha renovado este sarcasmo por los incrédulos después de diez y ocho siglos.

Respondemos á todos, que la ignominia de la muerte del Salvador ha sido plenamente reparada por su resurrección, por su ascensión gloriosa, por el culto que le es dado desde el uno al otro polo; que sus padecimientos eran necesarios para confirmar los demás signos de su misión: necesitábase que este divino legislador probase con su ejemplo la santidad y la sabiduría de las lecciones de paciencia, de humildad, de sumisión á Dios y de valor que había dado; sus discípulos destinados al martirio necesitaban un modelo; no le era menos necesario á todo el género humano destinado á padecer: después de haber enseñado á los hombres cómo deben vivir, le quedaba todavía el manifestarles el modo como debían morir. Esto ha hecho Jesucristo; y nosotros decimos, que nunca ha parecido más grande que durante su pasión.

La había predicho más de una vez; había designado el momento; había declarado de

antemano las circunstancias y el género de su suplicio; quiso también representar su muerte con una augusta ceremonia, y conservar su recuerdo por un sacrificio que contiene la imagen y la realidad. Podía haberse libertado del furor de sus enemigos, pero los espera; después de haber meditado sobre la serie de ultrajes y tormentos que le aguardan, se somete á su Padre, se dirige con paso firme hacia los soldados; se da á conocer á ellos, les manda que dejen marchar á sus discípulos, y efectúa un milagro para demostrar lo que es, y lo que puede.

Presentado á sus jueces, les responde con modestia y con firmeza; les declara que es *Cristo Hijo de Dios*: esta fué la única causa de su condenación. Entregado á los soldados padece los insultos y ultrajes en silencio, sin debilidad y sin ostentación; nada dice para aplacar al magistrado romano que debía decidir de su suerte; nada hace para contentar la curiosidad de un rey vicioso y de una corte impía. Caminando al Calvario, predice el castigo de sus enemigos con expresiones de compasión; pendiente en la cruz, pide el perdón para sus verdugos, y promete la bienaventuranza eterna á un criminal arrependido. Después de tres horas de crueles padecimientos, dice con una voz fuerte que aterrará á los espectadores: *Todo se ha consumado*; entrega su madre á su discípulo, y su alma á su Padre; exhala el último suspiro. Sin tener necesidad de los prodigios de terror que se hicieron entonces, diremos valerosamente, como el oficial romano que fué testigo de todo: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios*, Mat., xxvii, 54. Ninguno de los acontecimientos que sucedieron después puede ya admirarnos.

Tal es la narración que ha sido hecha por cuatro de sus discípulos, que nos pintan como ignorantes. Si no es fiel, ¿quién les ha sugerido una pintura tan sublime de un Dios que muere por la salud de los hombres?

Mas había sido trazada mucho tiempo antes. Isaías, setecientos años antes del suceso, David, aun más antiguo con tres siglos, habían pintado con los mismos rasgos que los evangelistas á Jesucristo padeciendo. Jesucristo sobre la cruz pronunció las primeras palabras del salmo 21, y se las aplicó; todo este salmo contiene muchos rasgos notables.

V. 2: « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis desamparado? (¿á qué tormentos me habeis abandonado?) A pesar de mis gritos, el momento de mi libertad está todavía lejos de mí.... v. 5: Nuestros padres han espe-

rado en vos, y los habeis libertado; os han invocado, y les habeis salvado.... v. 7: En cuanto á mí, soy un gusano de tierra, mas bien que un hombre; soy el oprobio de mis semejantes y el deprecio del pueblo.... v. 8: Los que ven mi estado, me insultan y me ultrajan.... v. 9: Dicen, puesto que ha esperado en el Señor, que le libre el Señor y le salve, si verdaderamente le ama.... v. 12: No os apartéis de mí, porque nadie me acompañe.... v. 17: Mis enemigos, como animales feroces, me han rodeado, y se han reunido contra mí; han agujereado mis manos y mis pies.... v. 18: Han contado todos mis huesos, y me han considerado con un regocijo cruel.... v. 19: Se repartieron mis vestidos, y han echado suerte sobre mi túnica.... v. 26: Sereis, sin embargo, el objeto de mis alabanzas, y os daré mis votos en la numerosa reunión de los que os temen.... v. 28: Todas las naciones de la tierra se volverán hacia vos, y vendrán á adoraros, sereis su Rey y su Señor.... v. 31: Y os servirá mi posteridad; esta generación nueva os pertenecerá, y se dirá que el Señor es quien la ha formado. »

Los que entendían el hebreo, no reprendrán el modo como traducimos el v. 2; nos parece que, en boca de David ni en la de Jesucristo, no eran una pregunta, ni un cargo que hacían á Dios, sino una simple exclamación sobre el rigor de los tormentos que padecían. Sabemos que los judíos, para torcer el sentido del v. 17, han cambiado una letra en el hebreo, que poniendo *cari* por *cáru*, en lugar de leer *han agujereado mis manos y mis pies*, leen *como un león mis manos y pies*, lo que no hace ningún sentido, y contradice la versión de los Setenta. Nunca pudo decir David de sí mismo, que sus enemigos habían contado sus huesos, que habían dividido sus vestidos y sorteado su túnica; mas los soldados cumplieron esta profecía con respecto á Jesucristo. Mat., xxxvii, 33; Joan., xix, 24. La predicción de la conversión de las naciones por el ministerio del Mesías se ha verificado todavía de un modo más manifiesto.

La que hace Isaías merece referirse entera; mas bien parece una historia que una profecía.

Cap. 52: Isaías, después de haber predicho á los judíos su libertad de la cautividad de Babilonia, dice, v. 13: « Mi siervo tendrá el don de sabiduría, se elevará, prosperará, será grande. v. 14: Lo mismo que algunos se han admirado de vuestra suerte, también será innoble y desfigurada á la vista de los hombres. v. 15: Purificará á muchas nacio-

nes, los grandes de la tierra callarán delante de él, porque han visto á aquel que no les habia sido anunciado; ha aparecido á la vista de aquellos que no habian oido hablar de él. »

Cap. 53, v. 1 : « ¿Quién creará lo que anunciamos? ¿A quién se dará á conocer el brazo del Señor? 2 : Crecerá como un débil vástago que nace en una tierra árida; no tiene brillo, ni hermosura; lo hemos visto, apenas se le podia mirar. 3 : Es despreciado, el último de los hombres, el hombre de los dolores; sufre la enfermedad, oculta su rostro, no nos hemos atrevido á mirarle. 4 : Verdaderamente ha padecido nuestros males, ha sufrido nuestros dolores; le hemos tenido por un leproso, por un hombre herido de Dios y abatido. 5 : Mas está herido por nuestras iniquidades, y maltratado por nuestros crímenes; el castigo de que debia nacer nuestra paz ha caído sobre él, hemos sido curados con sus heridas. 6 : Nos hemos extraviado como un rebaño errante, cada uno ha marchado por su lado, el Señor ha reunido sobre sí la iniquidad de todos. 7 : Ha sido oprimido y afligido, y no ha abierto la boca, ha sido conducido á la muerte como una víctima, se calla como cordero á quien se le quita el vellón. 8 : Ha sido libertado de las cadenas y de la sentencia que le condena; ¿quién podrá revelar su origen? Ha sido quitado de la tierra de los vivos, herido por los pecados de mi pueblo. 9 : Su muerte estará entre los impíos, y su sepulcro entre los ricos, porque no ha cometido iniquidad, y la mentira no ha salido de su boca. 10 : Dios ha querido herirle y anonadarle, si da su vida por víctima del pecado, vivirá; tendrá una descendencia numerosa, y cumplirá los designios del Salvador. 11 : Porque ha padecido, volverá á ver la luz y sera colmado de felicidad. Mi siervo, justo por sí mismo, dará á otros la justicia con su sabiduría, y sufrirá sus iniquidades. 12 : Hé aquí por qué le daré una herencia entre los grandes de la tierra; llevará los despojos de los ladrones, porque ha sido entregado á la muerte y colocado en el número de los malvados, ha llevado los pecados de la multitud, y ha rogado por los pecadores. »

Cap. 54, v. 1 : « Mujer estéril que no procreas, canta un cántico de alabanza, alegrate de tu futura fecundidad..... v. 5 : El santo de Israel que os rescata, será reconocido Dios de toda la tierra, etc. »

Hay una conformidad manifiesta entre esta profecía y el salmo 21; en el uno y en la otra vemos á un justo reducido al colmo de

la humillacion y del dolor, que sufre con paciencia y confianza en Dios, que despues es colmado de gloria, y que procura á Dios un nuevo pueblo formado de todas las naciones. Mas lo que añade Isaías, que Dios ha puesto sobre este justo la iniquidad de todos nosotros, que es herido por nuestros crímenes, por nuestras iniquidades, mancillado por nuestros delitos, y que somos curados por sus heridas; que ha sido cargado con los pecados del pueblo, y que ha llevado las iniquidades de la multitud, etc., designa con demasiada claridad al Salvador de los hombres para que podemos desconocerlo. No es, pues, de admirar que los evangelistas hayan aplicado estos caracteres á Jesucristo; los antiguos doctores judíos han hecho la misma aplicacion al Mesías; los que ahora pretenden que no se trata allí de un hombre, sino del pueblo judío, y que sostienen que Dios los castiga actualmente por los pecados de las demás naciones, blasfeman contra la Justicia divina, violentan todas las palabras, y contradicen la tradicion constante de sus doctores.

No debemos sorprendernos tampoco de que presentando los apóstoles por un lado á David y á Isaías, y por otro la narracion de los evangelistas apoyada en la publicidad de los hechos, hayan convertido á todos aquellos judíos y gentiles que quisieron poner atencion en esto, y que buscaron la verdad de buena fe. Tambien habria lugar para admirarse de que tan gran número haya permanecido en la incredulidad, si los ejemplos que tenemos á la vista no nos hiciesen ver hasta dónde puede llegar la terquedad y demencia de los hombres, cuando se han resuelto á no creer nada.

Nunca se han tomado el trabajo nuestros incrédulos razonadores de considerar atentamente los caracteres de conformidad que hay entre las profecías y las circunstancias de la *pasion* del Salvador; se han contentado con extraer los absurdos comentarios de los judíos, sin cuidarse del ridiculo con que se cubrian siguiendo las lecciones de semejantes maestros.

Para debilitar la impresion que debe hacer sobre todo hombre sensato la historia de la *pasion* trazada por los evangelistas, se han esforzado en desfigurar algunas circunstancias en poner en relieve algunos hechos minuciosos, en buscar pretendidas contradicciones entre las varias narraciones de estos cuatro escritores. Si solamente hubiesen querido abrir una *Concordia de los Evangelios*, hubieran visto la inutilidad de su trabajo.

Han insistido sobre la agonía de Jesucristo en el huerto de las olivas, han dicho que en esta ocasion el Mesías habia manifestado una debilidad indigna de un hombre de valor. Mas nosotros decimos que hay mas valor y virtud en presentarse á los padecimientos con pleno conocimiento y despues de haber reflexionado, venciendo la repugnancia de la naturaleza, que correr á ellos atolondrado, afectando despreciarlos. Bien podia Jesucristo desconcertar todos los planes de los judíos, y librarse de sus manos, como lo habia hecho mas de una vez. Si en lugar de ir al huerto de las olivas segun su costumbre, hubiese ido á Betania ó á otra parte, los judíos no hubieran podido encontrarle; si hubiese ido á predicar á los gentiles, bien pronto sus milagros le hubieran formado un partido capaz de hacer temblar á los judíos.

Dicen los censores del Evangelio, que Jesucristo habló con poco respeto al gran sacerdote Caifás; que no declaró sencillamente su divinidad; que, abofeteado en una mejilla no puso la otra, como lo habia mandado. Sin embargo, basta leer el texto de los evangelistas para ver que la respuesta de Jesucristo á Caifás no tiene nada contrario al respeto; que era una declaracion terminante de su divinidad; que el consejo de los judíos la consideró de este modo, puesto que por esto mismo fué por lo que condenó á Jesucristo á muerte como blasfemo. No era aquel el lugar de poner la otra mejilla para recibir un nuevo ultraje, puesto que estaba en el mismo tribunal de los magistrados judíos, cuyo primer deber era impedir y vengar los ultrajes.

Añaden estos mismos críticos : ¿Cómo ha permitido Dios que Pilátos, que queria salvar á Jesus, fuese tan débil que le condenase, aunque inocente? Nosotros decimos, que Dios lo permitió, como permite los demás crímenes que se cometen en el mundo.

Dicen que Jesucristo en la cruz se quejaba de haber sido abandonado de su Padre; Calvino ha osado decir, que las primeras palabras de salmo XXI que Jesucristo pronunció entonces, eran el acento de la desesperacion. Pero el modo como hemos traducido á la letra estas palabras, demuestra que ni era una queja, ni un cargo, sino una exclamacion sobre el rigor del tormento que padecia el Salvador : *Dios mio, Dios mio, ¿cómo me habeis dejado, qué tormentos me habeis reservado!* ¿Qué señal hay en esto de impaciencia, de descontento y de desesperacion? Por otro lado, Jesucristo, al pronunciar estas palabras, se hacia la aplicacion de aquel

salmo; manifestaba que sus dolores eran el cumplimiento de aquella profecía. Entonces, cuando se verificaron todas las circunstancias, exclamó Jesus : *Todo se ha consumado.*

Mas sostienen nuestros adversarios que se contradicen los evangelistas. S. Marcos dice que Jesucristo fué crucificado en la hora de tercia, es decir, á las nueve de la mañana; S. Juan escribió que fué á la hora de sexta ó al medio dia. Segun S. Mateo y san Marcos, los dos ladrones crucificados con Jesus le insultaron; segun S. Lucas, uno solo injurió al Salvador.

No hay mas que comparar el texto de los evangelistas, y desaparecerá la contradiccion. Cuando dice S. Marcos, xv, 25 : *Era la hora tercia y le crucificaron*, debe entenderse, y se dispusieron á crucificarle. Los versículos siguientes atestiguan que pasaron muchas cosas antes que Jesucristo fuese llevado al Calvario y clavado en la cruz. S. Juan escribió, xix, 14, que *alrededor* de la hora sexta dijo Pilátos á los judíos : *Hé aquí vuestro rey*, y que *se le entregó* para ser crucificado; no era pues todavia la hora tercia, solamente habia comenzado y empezaba á las nueve de la mañana.

En lo perteneciente á los ladrones, únicamente se deduce que la narracion de S. Lucas es mas exacta que la de los dos primeros evangelistas; refiere la conversion del buen Ladron, de la que ellos no han hablado.

Segun el juicio de los incrédulos, no pudo haber un eclipse en el momento de la muerte del Salvador, los judíos no vieron ninguno de los prodigios de que hacen mencion los evangelistas, puesto que no se han convertido.

Así los evangelistas no hablan de un eclipse, sino de las tinieblas que cubrieron toda la Judea; y estas tinieblas pudieron producirse por una nube espesa. S. Lucas dice expresamente que la multitud de los que fueron testigos de la muerte de Jesus; volvieron dándose golpes de pecho, signo de arrepentimiento y conversion. En cuanto al endurecimiento del mayor número de judíos, no nos sorprende mas que el de los incrédulos del dia.

Dicen que hubiera sido mejor que Dios perdonase el pecado de Adán, que castigarlo de un modo tan terrible en la persona de su propio Hijo. Por nuestra parte, decimos que es mejor que Dios lo haya castigado de este modo, para dar á los hombres una idea de su justicia, inspirando horror al pecado y preservarnos de él.

Aun cuando las objeciones que acabamos